

Hacia nuestra predicación tradicional.

UN PREDICADOR DE FELIPE II

Ha sucedido en España con la oratoria, lo que con ciertos ríos que mudaron de cauce: la fuerza de la corriente, los dos siglos últimos, se ha ido por fuera de la patria, hasta el punto de ignorarse hoy por dónde corrieron antes. Que hubo elocuencia, persuádelo, sin el testimonio de la historia, el ímpetu de la raza y ardor de la sangre, que aun por los escritos ascéticos se derrama, junto con la fecundidad del siglo de oro, en todas las manifestaciones del espíritu. En aquellos días de victoria y de conquista, el cetro de España, tendido sobre los continentes y los mares, daba la ley en todo, y en todo pesaba casi por igual. Hoy, de entre las ruinas, que un vandalismo doctrinario, iconoclasta, amontonó durante cien años para encumbrar su pequeñez, una generación más sensata desentierra torsos de héroes, no todos precisamente santos, pero sí de una talla superior, y que había interés en ocultar. También en el terreno de la oratoria sagrada han empezado los descubrimientos (1).

En el de Fr. Fernando la pista fué hallar su oración fúnebre sobre Felipe II, junto con otras de Terrones y Cabrera (2). Sin duda, en el aprecio del colector, los tres merecían ir juntos. Ahora bien, de Terrones algo conocida nos era la transparencia y redondez de formas, su marcha tan ceñida y un aticismo sin afectación, que hace más sen-

(1) En *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, publicó D. Miguel Mir «*Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera*», Madrid 1906. Del mismo Cabrera publicó el P. Luis Getino «*Navidad y año nuevo. Nacimiento y Niñez de Jesús*», Madrid, 1920. «*La Predicación tradicional*». Fr. Alonso Cabrera, *Misterios de la Virgen, Nuestra Señora*, prólogo del R. P. Felipe Rodríguez, Madrid, 1920.—«*Predicadores célebres*». D. Francisco Terrones del Caño, por F. G. Olmedo, S. J. *Razón y Fe*, 1920; enero-abril, p. 334-42, 486-97; mayo, p. 76-87.

(2) *Bibl. Nac.* 2/68,014. Contiene, junto con los otros tres discursos predicados a las honras fúnebres de Felipe II, otro del Maestro Terrones, predicado en su Capilla Real al Rey Felipe II, sobre las honras de la Srma. Infanta D.^a Catalina, Duquesa de Saboya. El de Fr. Hernando está impreso en Sevilla, año de 1598.

Véase también Pérez Pastor en su *Bibliografía Madrileña*, 1891, t. I, núm. 657, pág. 347.

sible la pérdida de sus manuscritos. De Cabrera, ¿quién no recuerda el amplio desarrollo de la Escritura, el nervio de la exhortación, excesivamente concreta y realista, sus efusiones lírico-ascéticas sobre los *Misterios*, la fertilidad casi pródiga del estilo, y una riqueza de lenguaje inexhausta? ¿Cómo sería Fr. Hernando? Habría que saberlo...

Afortunadamente, en el Museo de la Academia de San Fernando, al fondo de la primera sala y a ambos lados de la puerta que da paso a la siguiente, se yerguen dos mercedarios, envueltos en sus hábitos blancos, y con ese tono de aristocrática sencillez que a veces pone Zurbarán en las señoriles figuras de sus religiosos. El de la derecha, alto y cenceño, un poco vencido hacia adelante, con desaire en el plegado, de que no se cuida, absorto en su lectura, es Fr. Hernando. Tiene el rostro displicente y con algo de ceño—natural, no de carácter—, la mandíbula apretada, como de hombre hecho a contrariedades, saliente y fina la barbilla, indicio de tenacidad en sus propósitos... Haber merecido los pinceles de Zurbarán, algo indica y aviva el ansia de conocerle.

La noticia más próxima a nosotros es de Fr. José Antonio Garí y Siunell (1): en ella se dan las líneas generales de la vida y una lista incompleta de las obras.

«Sermones funerales a la honra del Rey Nuestro Señor Don Felipe II, con el que se predicó en la de la Srma. Infanta D.^a Catalina, Duquesa de Saboya. Recogidos por Juan Iñiguez de Lequerica, impresor de Libros. Dirigidos al Rey Nuestro Señor Don Felipe III, en Madrid. En la imprenta del Licenciado Varez de Castro, año MDXCIX.»

- 1.^o Del Dr. Aguilar de Torrones, en San Jerónimo el Real, de Madrid.
- 2.^o Maestro Fr. Alonso Cabrera, en Santo Domingo el Real, de Madrid.
- 3.^o P. Fr. Agustín Dávila, en Valladolid.
- 4.^o P. Fr. Lorenzo de Ayala, en San Benito el Real, de Valladolid.
- 5.^o Dr. Luis Montesino, en Alcalá de Henares.
- 6.^o Fr. Alonso de los Angeles, en Barcelona.
- 7.^o P. Fr. Agustín Salucio, en Córdoba.
- 8.^o P. Fr. Hernando de Santiago, en Málaga.
- 9.^o Fr. Juan López Salmerón, en Logroño.
10. Maestro D. Manuel Sarmiento, en Salamanca.
11. Dr. Martín de Castro, en Granada.
12. Francisco Dávila, en Belmonte.

(Sermones añadidos.)

13. Del Obispo de Jaén D. Bernardo de Rojas, en Baeza.
14. Dr. Francisco Sobrino, en la Capilla de las Escuelas Mayores, en Valladolid.
15. Dr. Aguilar de Terrones, en la Capilla Real en las honras de la Infanta D.^a Catalina.—El del P. Hernando, impreso por separado en Sevilla por Francisco Pérez, 1598.

(1) «*Biblioteca Mercedaria*, o sea Escritos de la celeste, real y militar Orden de la Merced, Redención de Cautivos, por el M. R. P. Fr. José Antonio Garí y Siunell, historiador general de la misma Orden y socio correspondiente de la Real Academia de Bellas Letras de Barcelona, 1875; núm. 644, p. 201.

Remontando la corriente por el siglo XVIII, el P. Fr. Agustín Arqués, archivero general de la Merced, nos ha trasmitido, con juiciosas adiciones, la *Biblioteca de Escritores*, de Harda (1). Este, que no peca de suave con Fr. Hernando, traza de él una semblanza severa, no muy justa, y trae la nota más detallada que conocemos de sus obras; está informado y sabe las fuentes, que caen más arriba. Apóyase en Nicolás Antonio, a quien a veces traduce literalmente.

Menos exacto y seguro es, aunque más resuelto en sus afirmaciones, Fr. Diego Serrano, que redactaba sus biografías mercedarias (2) después de 1702. Pudo, pues, oír a los que conocieron al orador.

No habían pasado siete años después de su muerte, cuando publicaba Salmerón sus *Recuerdos Históricos* (3), y en ellos el epitafio de Fr. Hernando, con un juicio muy favorable, de estimar en varón tan autorizado y de gobierno.

Mas su elogio resultaba algo pálido para Fr. Juan Guerrero, cronista de Andalucía, cuya obra manuscrita admiró ya Pacheco el pintor, si bien no la pudo ver impresa. «Aunque escribió, dice Guerrero, de este singular varón el Rmo. Salmerón en sus *Recuerdos*, habla dél tan sucintamente que no pone particular admiración de este sujeto.» Bajo su pluma, en cambio, se rompe la línea de la crónica, para dar paso a una admiración que no se disimula. Dos veces bosquejó de propósito la vida (4); seguiremos la primera por más fresca

(1) Fr. Antonio Ambrosio de Harda, *Bibliotheca Scriptorum* Ordinis B. Mariae de Mercede, con adiciones y suplementos del P. M.^o Arqués Jover. Mss. de 760 folios numerados. Véase el folio 575 vto. bajo el epigrafe *Santiago* 1, hasta 578 vto. —En el archivo particular de PP. Mercedarios, en Madrid. Es copia del Mss. que dice Arqués y Jover se encuentra en el *Archivo General de Madrid*. Estante 6, Reg.^o 1, núm. 15 [?] con el título *Biblioteca Mercedaria*, tres tomos en 4.^o

(2) *Bibl. Nac.* Mss. 12.337. «*Fragmentos históricos* y Noticias en compendio, de los Santos y Santas varones venerables, que, así hombres como mujeres, ha tenido el Real y militar Orden de Ntra. Señora de la Merced Redención de Cautivos... por el P. Fr. Diego Serrano, hixo y conventual que fué de éste de dicha Orden en la Ciudad de Granada. Parte primera» [falta el tomo 2.^o]. Véase letra F. n. 5.^o, fol. 176 vto.

(3) «*Recuerdos históricos* y políticos de los servicios que los Generales y varones ilustres de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos, han hecho a los Reyes de España, desde su gloriosa fundación, que fué el año de mil doscientos diez y ocho hasta el año mil seiscientos quarenta... preséntalos a la Majestad Católica el Maestro Fr. Marcos Salmerón, En Valencia en casa de los herederos de Chrysóstomo Garriz por Bernardo Nogués... año 1646.»

(4) *Bibl. Nac.* Mss. 8.293. En 4.^o con este título en el lomo del libro: «*Fragmentos históricos* de la Merced de Andalucía.» El fragmento 16 consta de ocho folios y lleva por título: «*Vida* de el R.^o Padre Maestro Fray Hernando de Santiago, varón prodi-

y jugosa. Escrita diez años después de morir Fr. Hernando, tiene la fragancia de un recuerdo que se respira y el encanto de un hechizo que todavía dura, causado por las sabrosas e íntimas conversaciones con que, ya en su extrema vejez, traía, según Tirso, suspendidos en torno a su cama a sus visitantes, aquel hombre, que llevaba en sí la historia de España, desde el retiro del Emperador en Yuste, hasta los días de Felipe IV, velados por celajes cada vez más sombríos. «Todo lo aquí referido—así se cierra la vida—, todo lo más particular de ello, lo oímos contar al mismo Padre Maestro Santiago: otras cosas vi y noté y otras me contaron religiosos ancianos, que le asistieron y acompañaron, todo digno de que se sepa para lustre de nuestra sagrada religión.»

Calor parecido, aunque más disimulado, se siente en el principal cronista de la Merced, Fr. Bernardo de Vargas. Su obra (1), en latín no muy clásico, aunque fácil y esmerado, a trozos pintoresco, resplandece por el método histórico, escrupuloso y moderno, hasta el punto de dar las piezas justificativas en la propia lengua que se escribieron; y en lo que toca a Fr. Hernando, cuando provincial de Italia, llega a la minuciosidad del diario. No que no se noten sus simpatías; —¿qué historiador grande hubo sin ellas?—pero ni le hacen omitir hechos, ni le ciegan, que no vea el punto flaco de su héroe.

A Vargas sigue el príncipe del drama teológico y autor regocijado de los *Cigarrales de Toledo*. Su historia (2) es la de aquél, ligeramente comentada con apreciaciones muy sensatas y severas.

La segunda parte está justamente firmada el mismo día que murió Fr. Hernando: las frases, que abren su retrato, suenan a elogio fúnebre. «Ni tengo, dice, de atrever la pluma en sus loores,

gioso en su predicación, de donde tomaron motivo a llamarle todos «plco de oro»; fué religioso profeso en el orden de Nuestra Señora de la Md.; escribióla el Pe. Ma. Fr. Juan Guerrero, cronista de la provincia de Andalucía, año de 1650.» La segunda vida, que es casi una copia de la anterior, se halla en el fragmento 28 y está firmada en 1550.

(1) «*Chronica sacri et militaris ordinis B. Mariae de Mercede Redemptionis captivorum*, auctore Fratre Bernardo de Vargas, Sacrae Theologiae Magistro Ispalensi ejusdem ordinis alumno.—Panormi MDCXIX.» El tomo 2.º, impreso también en Palermo, es de 1622.

(2) «*Historia General de el Orden de Nra. Sa. de las Mercedes, Redención de Cautivos*. Primera parte... Compuesto por el P.º M.º Gabriel Téllez, cronista general de el dicho Orden de Nra. Señora de la Merced, Redención de cautivos.—En Madrid a catorce de Diciembre de el año 1635.—Segunda parte.—En Madrid a los treinta de Marzo de mil y seis cientos treinta y nueve.» Copia manuscrita en 819 páginas, hechas por los PP. Fr. José Naval y Ramón Serratos, sobre el original autógrafo conservado en la *Biblioteca de la Academia de la Historia*, Madrid. Estante 27, grada I, E, 16 y 17.

pues fuera deslucirlos a quien—si perdida *la boca de oro*, admiración de Grecia, blasonó toda España *pico de oro*—desempeñó este título con el principado, que mereció en el púlpito, del modo que el oro entre los metales. Su elocuencia, no limitada en los sermones solos, se extendía a lo conversable y causídico, a las veras y a las burlas, con tanta fuerza de afectos y palabras, que estaba en su mano, mejor dicho, en su lengua, mudar los sentimientos y pasiones; tan señor de las lágrimas ajenas y la risa, que, camaleones de su lengua, si lloraban a sus encarecimientos lastimosos, al instante mudaba el pesar en regocijo, al donaire de sus sales: no hay que detenernos más en esto, pues cuantos le conocieron en la silla o en el púlpito, afirmarán que he andado corto».

Tan rico y entretenido ingenio, por fuerza había de honrar la Academia de Francisco Pacheco, el cual en su galería de ilustres sevillanos (1) cuya portada tiraba en 1599, reservó un sitio al predicador mercedario, en plena madurez, como del retrato se desprende. En la biografía que le sigue, hay, con alguna que otra inexactitud, pormenores que Pacheco podía muy bien saber.

Tales, son, en suma, las fuentes principales (2). Dejan, es cierto, en sombras un período tormentoso, que va de 1608 a 1617. Sabemos algo de naufragio; lo demás se ignora; pero los archivos irán poco a poco dando su luz.

I

S U P A T R I A

Nació en Sevilla, cuando esta ciudad, recogiendo en sí los últimos esplendores del reino granadino, era ya centro de Andalucía, escala y resguardo de las reales armadas y llave del Océano, en cuya lí-

(1) «*Libro de descripción de verdaderos Retratos de ilustres y memorables varones por Francisco Pacheco. En Sevilla 1599.*»

(2) Otros documentos se citarán a su tiempo: basta aquí nombrar, por su importancia y por ser, desgraciadamente, el único que sabemos dónde pára, el «*Libro del tiempo que gobernó la Religión de la Merced el Rmo. P. M. Fray Juan Cebrián Mro. General de ella y el Rmo. Serrano.*» *Archiv. Histór. Nac. Clero*, legajo 438.

nea parecía surgir, solicitadora de entre los vapores del mar, América... Nudo y vital ensanche en aquella arteria de conquista y civilización, por Sevilla salía el río de sangre, en el que, durante dos siglos, medio mundo se regeneró definitivamente para la humanidad y el catolicismo; y por Sevilla entraba aquel otro río de plata y oro, en la arribada periódica de los galeones. Nacido en su seno o llegado de fuera, vió Sevilla cuanto la España del Emperador y de su hijo encerraba de santo, de sabio y heroico. ¡Visión espléndida aquélla! No era sólo el embellecimiento con nuevos y costosos edificios como la Audiencia, la casa de la Moneda, en un estilo más severo, aunque no indigno del anterior, ni la alineación de paseos y alamedas públicas: era el esplendor de las fiestas religiosas y profanas con un derroche fastuoso, casi oriental: era el reflorecimiento de los claustros en varones de saber y santidad aventajados, cuya lista apenas si está empezada en los *Anales* de Zúñiga; era el culto de la antigüedad cuyo fuego mantenía vivo, en gloriosa vejez, Arias Montano, desde su retiro de Campo de Flores; era la candorosa ingenuidad de Guerrero en sus *Villanescas*, cruzadas de anhelos místicos; era la doble germinación poética, de cuyas primeras flores se había coronado Juan de Mal-lara, Cetina, el de los blandos versos y espada pendenciera, Herrera el divino, y el Marcial andaluz, Baltasar de Alcázar; era finalmente la visión de un mundo nuevo en sombras y colores, que, sobre los caballetes de Francisco Pacheco, se abría a un grupo escogido, entre los que descollaba su yerno y príncipe del retrato, Velázquez. Y para dospel de tanta magnificencia un cielo radiante de luz; y por alfombra una tierra acariciada por larga primavera de ocho meses. Así Sevilla era un paraíso...

Paraíso, mas sin ángel a la puerta y con la serpiente dentro. Y aunque no estuviera, bien podía entrar por aquel río de plata, que remontaba el curso del Guadalquivir bajo las velas de las naos. El oro en barras despertó la codicia, corrompió la antigua nobleza, creando rápidamente otra espúrea, fomentó el ansia de placeres sin trabajo a que el clima invitaba, alteró las balanzas, torció las varas de justicia, pobló los bodegones de perdidos y tahures, las calles de rufianes, las *Gradas* de ladrones; y bajo una apariencia de orden, en que nadie creía, daba la ley Monipodio con sus cofrades; pero no el Monipodio y los cofrades que la pluma de Cervantes purificó de su escoria y vistió con un rayo de inmortalidad y simpatía, sino el Monipodio de

verdad con su nauseabunda fiereza, y los rufianes, que, después del toque de queda, ñperaban en el *Arenal*. Aunque de paso, a través del velo, Santa Teresa había visto bien y pudo escribir: «Las injusticias que se guardan en esta tierra es cosa extraña, la poca verdad, los dobleces» (1). La fe misma había sido herida por el pie. «En Sevilla, escribía San Francisco de Borja a 11 de agosto de 1558 (2), es tan general el mal, qué se ha ahora hallado ultra lo pasado, que dice una persona que, certo modo, se le podría poner fuego a todas partes». Y el P. Bustamante, el 20 de diciembre, a Láinez: «Represento a V. P. que todo el luteranismo de España dicen que salió de Sevilla, y se teme que está la más dañada ciudad que otra alguna ciudad de estos reinos (3).

¿Y las costumbres? Todas las basquiñas de Milán y lienzo de Holanda no bastaban a ocultar la corrupción de aquella *Babilonia*—que así la llamaban—cuyo hedor se transpira por las páginas de Mateo Alemán, y cuyas entrañas ha descubierto con rara limpieza y discreción, abriendo de par en par los archivos municipales, Rodríguez Marín, en su comentario a *Rinconete y Cortadillo* (4), el mismo que primero en *Barahona de Soto* (5) y después en *Pedro Espinosa* (6), teje una corona de alabanzas a la Reina del Betis.

En ella tuvo Fray Hernando su cuna; en ese ambiente se moldearon su cuerpo y alma; y de esa Sevilla, mitad luz y mitad tinieblas, fué hijo «y de los más famosos de ella, escribe Pacheco, por su gran predicación, la cual ejecutó en todas naciones y partes del mundo, en varias lenguas, con el mayor aplauso que se ha visto jamás sesenta y cuatro años. Nació en la calle de las Palmas, de conocida calidad y nobleza, año 1557» (7).

(1) *Epist.* c. LXXII, p. 62-63.

(2) *Mon. Borg.*, III, p. 394. Véase más particularmente Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, t. II, cap. IX, págs. 422 y sigs. Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. II, cap. VI, págs. 94-99.

(3) *Mon. Lain*, IV, pág. 583.

(4) *Rinconete y Cortadillo*, Sevilla, 1905. Véanse sobre todo los párrafos II y III, páginas 35-114.

(5) *Luis Barahona de Soto*, Madrid, 1903; sobre todo los capítulos VI y VII, págs. 102 y siguientes.

(6) *Pedro Espinosa*, Madrid, 1907; especialmente el cap. IV, pág. 104 y sigs.

(7) Así Pacheco: Fr. Juan Guerrero, en la *Vida* de 1650, escribe así: «De edad de diez y ocho años, tomó el hábito de Nuestra Señora de la Merced en el convento grande de Sevilla. No he podido averiguar, sino es por conjeturas, el año en que recibió nuestro santo

Tuvo sólo una hermana menor que él, la cual casó honradamente en Sevilla. Ni el nombre de ésta ni el de sus padres nos es conocido. Baste saber que éstos le transmitieron sangre noble, y que, piadosos, fueron dos veces padres, educando con esmero al que habían engendrado con amor. Instante único y que encierra otros mil, aquel en que el niño, blando de miembros, más blando de alma, pasa del regazo materno a la tutela del educador. ¿Quién lo fué de Fray Hernando?

II

EL ESTUDIO DE LA COMPAÑÍA

Tres años tan sólo antes que él naciera, guiados por el P. Basilio, sevillano también, llegaban a la ciudad unos religiosos ya entonces discutidos, aunque no tanto como después, pero que tenían el mérito indiscutible de haber, en los veinticinco años, no completos, de existencia oficial, agrupado en torno a sus cátedras y confesonarios mucha gente del pueblo y personas escogidas en letras, sangre y santidad.

En Sevilla pasó lo propio; porque puestas el 1561 (1) clases de gramática en unas casas harto pobres—San Hermenegildo no se abrió hasta 1580—ya el segundo curso, que fué el de 62, subían los alumnos

hábito, ni qué prelado se lo dió: sólo sé decir que, habiendo muerto el año de 1639, en el cual tenía noventa y dos años de edad, como averigüé [!], y habiendo tomado el hábito a los diez y ocho, como he dicho, sería el año de su nacimiento y en el que tomó el hábito de 1557/1575 (sic), tiempo en que gobernaba la religión el Rmo. Padre Maestro Fr. Miguel Puig, General perpetuo de nuestra sagrada religión, hasta el año de 1574, en el cual fué electo el Rmo. P.^o M.^o Fr. Francisco de Torres, y comenzaron en él los generalatos por seis años de gobierno no más.—Y al margen, con letra diversa: «Profesó año de 1576 a 28 de agosto, siendo *proval.* el M.^o Arce» y de letra algo posterior: «Nacería el año de 1557 (?); si profesó a los diez y nueve años, no murió, según la cuenta, sino de ochenta y dos años». Guerrero en la segunda vida: «Así de edad de diez y ocho años tomó el hábito de Ntra. Sra. de la Merced en el real convento de Sevilla, año de 1575, a veinte y ocho de agosto, siendo provincial de ambas provincias, Castilla y Andalucía, el Rdo. P.^o M.^o Fray Rodrigo de Arce». Ya en esta segunda redacción de 1656, Guerrero parece saber de cierto que Fr. Hernando tomó el hábito a los diez y ocho el 28 de agosto. Lo de los noventa y dos años es un error por 82.

Según Pacheco, tenía diez y siete años cuando entró religioso. Ambas opiniones se conciertan así: Sábese con certeza que para agosto del 75 había entrado religioso. Si suponemos que naciera después de ese mes el 57, sería de diez y siete años cumplidos y próximo a los diez y ocho cuando entró novicio.

(1) «En Sevilla, por ahora parece se deban diferir tanto las lecciones de latinidad

a quinientos (1). Gratuitas como eran las clases, los más pertenecían a la clase media; pero sucedió lo de siempre; un rico en la calle eclipsa a diez pobres; y más si era mayorazgo de aquellos mercaderes cuyos hijos «iban con grande autoridad, con ayo y con pajes, que les llevaban los libros y aquél que llamaban *vade mecum*.—Era verlos ir y venir con tanto aparato, en sillas si hacía sol, en coche si llovía». Así los veía un jovencito, de calidad él, aunque, por el porte, venido a menos. Al fin acabó por mezclarse con ellos y se llegó a los Estudios de la Compañía: oyó las lecciones de los Padres (2) admiró sus virtudes, formóse a su ejemplo; y en su ánimo generoso guardó la imagen de aquellos días, tan bien guardada, que ni la agitación de los campamentos, ni los hierros del cautiverio, ni los azares de próspera y adversa fortuna, le hicieron olvidar que «a la Compañía de Jesús, como dice un Cervantista ilustre, debía aquella otra libertad del espíritu, mil veces más hermosa que la del cuerpo; pues con su enseñanza se abrieron y formaron para las letras españolas aquellas nobilísimas facultades, que tan pródigamente derramó Dios en su alma». Y así, desde la serena cumbre de su vida les consagró en su *Coloquio de los Perros* un recuerdo inmortal...

Nunca Berganza habló con más seso, ni en boca de perro sonó tan reverente la verdad. ¡Qué elogio de sus profesores tan medido en

cuanto las de teología.» 17 de julio de 1560.—Polanco a S. Francisco de Borja.—(*Mon. Borg.* III, p. 623.)

«Saliendo de Portugal, me encontró en Alburquerque un hermano, que iba a buscarme con cartas del P. Bustamante sobre el comenzar a leer en Sevilla; y porque sobre esto se ha hecho mucha instancia, y hay personas calificadas que lo desean y lo ayudarán, yo se lo remití al P. Provincial y le envié alguna instrucción con este hermano, al cual despaché desde el camino». Carta del P. Nadal al P. Laínez; de Ehora a 20 de septiembre. (*Mon. Hist. Epist. Nad.* I, p. 537). Del curso 1561-62 véanse cartas del P. Acebedo. (*Astrain. Historia* II, p. 574.)

(1) *Epist. Hisp.*, V, t. 249. (Véanse en Astrain *Historia de la Compañía*, t. II, p. 588): «Hémonos consolado en Dómino que los estudios de Sevilla vayan tan adelante y sobre el doblar las clases inferiores se escribe al P. Provincial.» 22 de julio de 1563. Laínez desde Trento al P. Bustamante (*Mon. Lain.*, VII, p. 224) ... Roa escribe que desde «el 60 al 64 llegaron a novecientos y fué necesario añadir de nuevo otro general de letras humanas y un curso de artes y filosofía». (*Historia de la Provincia de Andalucía*, lib. II, c. II.)

(2) Se tiene por verdad desde que Rodríguez Marín lo asentó por estas palabras: «¿No crees, como yo, que en estas afectuosas palabras del coloquio se trasluce una afición más propia de discípulo que de persona indiferente, siquiera mirase con buenos ojos el saber y las virtudes de aquellos Padres? A mi juicio, rebasa los límites de la conjetura la creencia de que Cervantes frecuentó las aulas de la Compañía.» (*«Cervantes estudió en Sevilla 1564-1565.»* Sevilla, 1905, págs. 27-28.)

las frases, tan repasado de gratitud! ¡Y qué visión tan deleitosa aquella del *Estudio* y del maestro que en la cátedra leía allá de 1563 a 1565!

Pues bien: quizás el mismo año de 1566, en que a lo más tardar Cervantes abandonó aquellos *Estudios*, venía a ocupar su puesto el niño Hernando. Los mismos maestros dejaron en él parecido recuerdo, y en repasarle se deleitaba ya sexagenario, cuando, al dedicar su sermón en las honras de Felipe III, al P. Jerónimo de Florencia, escribía: «A vuestra Reverendísima, que es el maestro de estos tiempos en la doctrina apostólica cierta y verdadera..., y no sólo como a predicador del rey, sino como a rey de los predicadores, por mil títulos, por la merced y honra que ha hecho a mi persona y doctrina, por las verdades que ha predicado y defendido, por ser yo tan hijo de la Compañía, donde tuve mis primeros estudios, le dedico este sermón».

¿Y no se podría saber, con probabilidad próxima a certeza histórica, quién era aquel maestro, que el bueno de Saavedra miraba de hito en hito leer en la cátedra, quién el que corrigió los primeros ejercicios al príncipe de los ingenios y abrió las fuentes de la elocuencia a uno de los primeros oradores del siglo XVI? Sí, la pluma de Rivadeneira nos ha trazado su semblanza.

Al año 1568, en la historia manuscrita del Colegio de Madrid, cuenta el H. Mosquera que, deseando Felipe II tener en su Corte maestros, de que tanto bueno oía decir, miró San Francisco de Borja sus Colegios de España, para buscar lo mejor, y encargó al P. Araoz hiciese venir de Sevilla al maestro Acebedo que entablase los estudios en la Corte. Había nacido en Toledo el año de 1522, y sacerdote ya, terminada la teología y graduado en Artes; sobre los treinta y uno entró en la Compañía de Jesús el 1554; el primero que fué recibido en Sevilla (1).

«Era, dice Rivadeneira, excelente poeta y orador, y en las letras humanas, latinas y griegas varón eminente. Resplandecieron en él tantas virtudes, especialmente la humildad, sin rastros de aquellos humos, que comúnmente suelen desvanecer y ofuscar a los que pro-

(1) Ribadeneira, «Historia manuscrita de la Asistencia de España de la Compañía de Jesús». Tomo II, lib. V, cap. IV. Véase también Uriarte-Lecina, «Biblioteca de Escritores de la antigua Asistencia de España.» Madrid, 1925. Parte I, t. I, p. 20.

fesan estas letras, que no dejaba pasar ocasión alguna que se le ofreciese para humillarse. No podía llevar en paciencia le alabasen composiciones, oraciones, diálogos, comedias y tragedias admirables, y después de haberlas compuesto y representado, por algunos días se escondía y no parecía en público, por huir de ser alabado».

Y después de alabarle de orador, prosigue así: «Teniendo tan grandes talentos y tan grandes partes para otros estudios mayores, nunca quiso tratar de ellos, sino dedicarse a enseñar e instruir la juventud, por el gran fruto y servicio que se hace a Nuestro Señor en aquel ministerio; en el cual él se ejercitó hasta la muerte con mucho gusto y alegría, enseñando a todos sus discípulos, con su raro ejemplo, palabras y consejos, no menos el santo temor de Dios, y las virtudes cristianas que el arte de bien hablar. En las cosas que componía para representar, mezclaba tanto de lo de Dios y con tanta suavidad y dulzura, que, cuando se representaban, salían los oyentes compungidos y movidos a toda virtud».

«Trocó los teatros en púlpitos y salían los hombres muchas veces más llorosos y recogidos de sus representaciones, que de los sermones de algunos excelentes predicadores. El argumento y la materia le daban las tragedias del mundo y los desastrados fines, que en él se ven cada día, y el blanco de todas sus composiciones era no engañar al tiempo, sino desengañar las almas, no reír sus culpas, sino llorarlas y enmendarlas» (1).

«Mostró, dice, su obediencia, en que fué aventajado, cuando, no estando aún bien convalecido de un dolor de costado, en Sevilla, fué llamado para leer retórica en el Colegio de Madrid». Naturalmente era para sentido abandonar un Colegio, donde había con tanto fruto trabajado desde que en 1561 se fundó (2). Partió, sin embargo para hallarse en la apertura, que fué algo después de San Lucas. Dios quiso premiar su sacrificio, llevándole para sí el 12 de enero de 1573 (3).

(1) Véanse en *Bibl. Hist.* 12-12-6 n. 383. «Comœdiæ et dialogi et orationes, quas P. Acevedus, sacerdos Societatis Jesu, componebat.»

(2) Vense ya cartas suyas escritas desde Sevilla en 1562.—Astrain, *Historia* II, p. 574.

(3) *V. Mon. Pol. Complem.* II; p. 172-73, donde los editores corrigen a Alcázar en su *Chrono-historia* II, 224-25, «ubi perperam dicitur Acebedum die 1 Februarii obiisse...» En ese mismo tomo, p. 211, el P. Gonzalo de Esquivel escribe desde Madrid al P. Polanco, con fecha 2 de enero de 1573. «Hay salud, gloria al Señor, sino es el P. Acevedo—según dicen los médicos—así por su edad, como por la mudanza de la tierra, en un tiempo tan áspero, como ha sido a la entrada del invierno, y máxime en este presente, que han sido muy extraordinarios los fríos y yelos que hace: que dicen ser como los de Burgos». Véase además Uriarte—Lecina. *Obr. y lug. cit.*

He ahí al P. Acebedo, cuyo nombre de hoy más deberá ir unido a los de Cervantes y Fr. Hernando, que bastarían para honrarle.

«Fr. Hernando, escribe Pacheco, fué el hombre de mayor memoria que se ha conocido, pues cualquiera libro que leía recitaba de él cláusulas y páginas enteras y esto conservó siempre». No parecerá exagerado a quien haya leído el *Santoral*, donde en las *explicaciones* de los Evangelios, revuelve un tesoro patristico abrumador, no como quien toma de libros abiertos sobre la mesa, sino como quien cita de memoria, y en ella carea y confronta.

El mismo la ha cantado así: «Oh memoria, rico tesoro y guarda joyas del alma, que, cuando quiere ponerse de fiesta, retirada en ese retrete, halla mil preseas de qué engalanarse. ¡Oh escritorio! ¡Oh hucha secreta y guarda de letrado y estudioso varón, donde guarda y atesora para el día que quiere hacer muestra de sí: *Profert de thesaurum sua nova et vetera...* ¡Oh archivo de las escrituras importantes y títulos de nobleza y riqueza del hombre, y donde se guardan las verdades de las ciencias! ¡Quién tuviera la de un Jerónimo, de quien dijo Agustino que supo todas las ciencias y todas las lenguas que florecieron en su tiempo, y aun casi todas las de todas las naciones, de suerte que ningún hombre supo lo que ignoró Jerónimo! (1). Y, como a la suya correspondían otras facultades, así estudió gramática, y en ella salió tan brevemente aprovechado, que causó admiración a sus maestros y discípulos» (2).

En sus idas y venidas del estudio recogería cuadros de costumbres tan sevillanas como éste. «Cuando quieren meter la vaca o buey al matadero, para descocotarla, llega a la puerta, huele la sangre de otras que allí han muerto, retírase atrás, embravécese y huye y no quiere entrar; el remedio, que tiene el jifero o el conocedor de ganado, es echarle dos o tres alanos—si no basta un manso—, y éstos le asen, uno de una oreja, otro de la otra, otros le van mordiscando y ladrando, hasta que desta manera viene a entrar» (3).

Pero no fuera sevillano sin su punta de afición. Podrá discutirse, y con justicia, la conveniencia, pero no la maestría con que abre la consideración primera en la fiesta de San Bartolomé: «Suele suceder,

(1) *Consideraciones de Quaresma*.—De la conversión de San Pedro: *Consid.* II, páginas 872-873.

(2) Guerrero, *Vida*.

(3) *Quaresma*. III domingo; *Consid.* II, p. 358.

cuando un toro bravo sale a la plaza, rostro y cerviguillo ancho y negro, que con su aspecto, furia y bramidos, obliga a que todos se pongan en cobro; y cuando están llenos los tablados y solo el coso, sale un hombre, que sólo con su capa en la mano, le silba, le provoca y le incita; todos le han lástima y le tienen por muerto; y aunque le dan voces, de nada se turba, antes severo, entero y reposado, si el toro no le quiere, él se llega; y cuando le arremete, cerrando los ojos, a dar la cornada, déjale la capa en los cuernos, húrtales el cuerpo y parte de carrera a un puerto seguro, a que echó primero el ojo, que comenzase a hacer esto; embravécese el toro con la capa, písala y rómpela, y los que de lejos lo miran, piensan que mató al hombre; pero el otro, vivo, se está riendo y holgando en su paz» (1).

Sigue la aplicación a los mártires, que, atrevida en un principio, llega pronto a los bordes del gerundianismo; dejémosla y digamos que, tal vez con uno de esos espectáculos, se despidió para entrar en religión. Porque, terminados sus estudios en la Compañía, con la mira de conseguir algunos beneficios eclesiásticos, se dedicó a los cánones; y «estudiándolos, dice su biógrafo, mostraba la particular elocuencia con que Dios le había enriquecido; causa por que muchos le aconsejaron mudara de intento y se hiciese religioso, donde estudiando teología podía hacerse insigne predicador» (2). Como discreto gustó de consejo tan prudente. No por eso olvidó lo aprendido, y así toda su vida fué «tan dueño de los cánones y leyes civiles, y concordaba y combordada pareceres y sentenciaba causas, siendo llamado para esto de D. Jerónimo de Leiva, Provisor de Sevilla» (3).

III

ENTRA RELIGIOSO Y SE MUESTRA PREDICADOR

Puesto a elegir, puso los ojos en la Orden de la Merced, cuyo convento de Sevilla, florecía en virtud y letras. Movíale juntamente ver la crónica de esa Orden entrelazada con la de los reyes, de quienes fué siempre muy favorecida, y a los que, en la última épo-

(1) *Santoral*, p. 470.

(2) *Guerrero, Vida*, fol. I.

(3) *Pacheco, Libro de retratos...*

ca de la reconquista y primera de nuestra edad, había prestado apoyo, con su hacienda y sangre en la redención de cautivos, con su fidelidad en los consejos, y en las cátedras con sus maestros. Nacida en España, en España principalmente florecía, y en ella estaba de asiento el **Maestro General**.

Eralo, como vimos, el Rvmo. Puig, y provincial Fr. Rodrigo de Arce, cuando Fr. Hernando, de diez y siete años bien cumplidos, entraba de novicio en el real colegio de Sevilla. Hizo su profesión, en manos del P. Fr. Baltasar Castaño, el 16 de agosto de 1576 (1).

Muy pronto, cuando aun cursaba artes y teología, se revelaron sus dotes de púlpito, realzadas por la frescura del ingenio y el encanto de la edad; de suerte que, apenas ordenado de Evangelio, siendo de solos veintidós años (2) predicaba por varias iglesias y pronto la ciudad se llenaba de su nombre.

Quisieron el Arzobispo y sus canónigos oír tanta elocuencia en tan corta edad, y resolvieron invitarle que les predicara entre los dos coros: cosa, acentúa Vargas, que ni a los más famosos se concedía. La narración, llevada por los mismos lances en los diversos autores, y cortada por igual dialogismo, triunfa en la crónica de Guerrero... «Enviaron, dice, un canónigo, para que le convidase: entró en el convento de la Merced y fuese derecho a la sacristía; halló estaban revestidos los ministros para salir a decir misa mayor: llegóse al incensador—éralo el maestro Santiago, por ser entonces corista—y díjole:—¿Dónde hallaré al Padre Fr. Hernando de Santiago?: Respondió el mismo: —¿Qué le quiere V. md.? —Querría, dice, encomendarle un sermón para la Iglesia mayor, porque el Sr. Arzobispo y los señores canónigos desean oírle. —¿Y qué día es el sermón?, replicó el P. Santiago. —El día de la Purificación, dijo el canónigo. —Pues váyase V. md., dijo el P. Santiago, que se predicará como esos señores mandan. —Que no quiero eso, Padre, dijo el canónigo, sino que me diga dónde es la celda de el Padre Santiago. —Váyase V. md.

(1) *Bibl. Nac. Mss.* 3600. «Fragmentos misceláneos de las cosas memorables de esta Prova. de Andalucía del Orden de Nra. Señora de la Merced. Ron. de cautivos, recogidos por Fr. Marcos de Ostos.» *Fragmento* 10, n. 60, fol. 26 vto. «Ego Fr. Ferdinandus Santiago facio professionem etta., tibi R. P. M. Fr. Balthasaris Castaño Praesidi, vice R. A. P. M. Fr. Petri Carrillo com. Temp. R. A. P. N. M. Roderici Arce Proalis etta. Die 28 Augusti anno 1576.» (n. 60. fol. 28 vte.)

(2) Pacheco, *Libro... de Retratos*.

con Dios, como le he dicho, respondió el P. Santiago, que ya está aceptado ese sermón, porque yo soy a quien V. md. busca.—Como le vió tan mozo y con el incensario en la mano, para ir a servir la misa conventual, quedó admirado el canónigo, juzgando ser el sujeto de diferentes prendas de las que la fama predicaba; y así lo refirió en la Santa Iglesia cuando volvió con la respuesta. Llegóse la festividad en la que concurren los cabildos... y el corista desapareció bajo el orador.

De crer es que, ya sacerdote, se entregaría de lleno a predicar, si bien su nombre no reaparece en las crónicas hasta el año 1588, que lo es de su consagración oratoria en la corte.

La poca seguridad de las galeras reales, que, a la vuelta de las Indias, eran perseguidas de herejes holandeses, o abordadas de improviso por aquel azote del mar, que se llamó Francisco Drake, y la permanente rebelión de los Países Bajos, fomentada por las escuadrillas de la reina Isabel, decidieron el ánimo de Felipe II a un supremo esfuerzo; y, singularmente desde principios de 1588, la armada fué su pensamiento casi único. La muerte repentina del generalísimo, Don Alvaro de Bazán, pareció un presagio triste. El rey prudente no fué nada feliz, al darle sucesor en Don Alonso, séptimo Duque de Medina Sidonia, cuya timidez, que había de quedar en proverbio, se adivina en la correspondencia casi diaria del rey, inédita en Simancas. No hay pormenor que se deje al azar; todo está previsto; y con todo, sin duda porque el pensamiento, sabedor de la catástrofe, se adelanta a ennegrecer con sus sombras los preparativos, es lo cierto que la misma insistencia del monarca en alentar al pusilánime duque, nos hace presentir, en cada movimiento de la armada, su derrota.

El gran rey, que esperaba de Dios el dominio del mar, o la serénidad del corazón, por carta dirigida al Cabildo de Toledo el 9 de febrero y a la vez a los otros Obispos y Superiores regulares, dió (1) orden que por todos sus reinos se encomendara el próspero suceso de la escuadra. Y «ya que la principal fuerza estaba a punto, decretó la majestad católica, dice Vargas, que antes de partir de *playas espa-*

(1) La dirigida al Cabildo de Toledo publicóla el Sr. Montaña en *Luz histórica sobre Felipe II*, p. 23. Madrid, 1892. Como diremos en la nota siguiente, volvió el rey a pedir nuevamente oraciones en su reino. La carta al Cabildo de Toledo, fechada a 13 de julio, puede verse en el mismo autor, p. 9-10.

ñolas se hiciesen solemnes y públicas rogativas a Nuestra Señora de los Remedios.» (1) Tal vez, como se hizo más adelante en Madrid, fijara el decreto alguna iglesia, a donde en su día fuesen las órdenes religiosas a celebrar su fiesta (2), pero el Maestro de ceremonias creyó que bastaba a los Mercedarios que la procesión se tuviese en su iglesia.

Había ya el rey escogido de entre sus oradores uno muy famoso de la Orden de Santo Domingo; pero al Maestro General de la Merced, Francisco Salazar, pareció de algún desdoro de su Orden, que no fuese de ella, y así se lo dijo al rey: respondió éste que advirtiera cómo el sermón se había de tener al día siguiente; y en él no se ha-

(1) No hemos podido dar con la fecha de este suceso. En la frase de Vargas, *littoribus hispanis*, no parece puedan entenderse las playas españolas, comprendido Portugal, pues de aquí no zarpó la escuadra hasta el 30 de mayo; y Guerrero, fijando la venida de Fr. Hernando a Madrid, escribe: «Aun no estaban divididas las provincias de Castilla y Andalucía, como el día de hoy lo están, y así mandaron los Superiores al Maestro Fr. Hernando de Santiago fuese a vivir a Madrid: entró en ella un día antes que»... ahora bien; la división de provincia, determinada en el capítulo general de 1587, no se verificó hasta el provincial, habido en Toledo el 14 de mayo, de 1581. Por tanto, la llegada del Maestro Santiago debe ser antes de mayo, probablemente a fines de febrero, que coincide con la primera ordenación del rey, hecha en febrero, de que se encomendase la jornada.

(2) El P. Francisco Antonio, en su «*Historia Societatis Jesu Provinciae Toletanae ab anno 1546 ad 1600*» (copia manuscrita en *Monumenta*, Madrid): «Este mismo año, el 13 de julio el rey Don Felipe escribió una carta al P. Francisco de Porres, que aun hacía oficio de Vice-provincial», etc., núm. 390. En nota al margen pone el original romano: «Si litterae Regis datae sunt 13 Julii, supplicatio non est habita earum respectu, nam habita est 2.º Julii, id est die Visitationis B.ª Virginis» «Hízose así, como Su Majestad mandaba, y porque en Madrid, para mayor concurso y devoción, se trajo del monasterio de Atocha la imagen de Nuestra Señora a la iglesia de las monjas Descalzas Franciscanas, que fundó la Serenísima Princesa de Portugal D.ª Juana, y de todas las órdenes iban allí con procesión, por seis días, pareció ser conveniente y necesario que también los nuestros hiciesen su procesión. La cual se hizo en esta forma: Iban delante los estudiantes de nuestras escuelas, que eran más de 600, todos con sobrepellices y todos con sus velas», etc. Seguían los Padres y Hermanos con sobrepellices; luego iban los Congregantes de la Anunciata; luego el Preste, Diácono y Subdiácono, y seguíanlos el Duque de Medinaceli, D. Juan Luis de la Cerda, y el Marqués de Almazán, D. Francisco Hurtado de Mendoza...

La carta del rey tráela el H. Mosquera en «*Primera parte de la Historia de este Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, 1545-1600*», al empezar a tratar del año 1588. «El Rey: Venerable y devoto Padre Provincial; por febrero pasado escribí hiciéseis encomendar a Dios el estado de las cosas de la cristiandad, como he entendido lo habéis hecho... y por andar la armada navegando, me ha parecido volveros a escribir ésta y encargaros mucho proveáis y déis orden que se renueven en todas las casas de vuestra Provincia las plegarias u oraciones, devociones y sacrificios... Escribo lo mismo a los demás Ordenes y Prelados del reino, para que cada uno haga lo propio en lo que toca. De San Lorenzo el Real a 13 de julio de 1588, yo el rey. Por mandado del rey, nuestro Señor, Francisco González de Eredia».

bía de predicar de feria, ni santo, sino que ha de ser, dijo, conforme a instrucciones nuestras y a la presente necesidad. Vuelve el Maestro general a su convento ya de tarde; da cuenta a sus hermanos de la bondad y gracia real; y aunque hubo muchos y muy sabios maestros, y excelentes predicadores, que a ello se ofrecieron, él escogió a Fr. Hernando (1), que, por singular providencia, esa misma tarde llegaba de Andalucía. «Alborotóse, dice Guerrero, la villa de Madrid con el demasiado contento de su venida... y así los grandes dieron luego noticia a su Majestad y le suplicaron le mandase predicar otro día, para oír a sujeto de quien tantas cosas se decían. El envió a mandar predicase el día siguiente y al otro que tenía el sermón se desconvidase.»

La descripción baja aquí al detalle colorista y de miniatura: Parece el convento una tabla flamenca; los corredores en penumbra, por donde cruzan caballeros, que van y vienen a la celda del recién llegado; óyense en su interior voces comprimidas, y de la puerta, a medio cerrar, sale un rayo de luz, que corta el tránsito embalsado: A ese rayo, o mejor a las discretas indicaciones de los biógrafos, vemos al orador y su temple de alma. Porque de pronto, como se recibió la determinación real, «hallóse confuso el Maestro, viendo tan cercana la fiesta, y que era gusto del rey, y que se había de hallar presente con las Infantas y Consejos todos, y los Grandes de España; acetó con todo; y, aunque quisiera recogerse para estos tan considerables estudios, no le dejaron las visitas de los príncipes y señores y los parabienes de los religiosos» (2). Nada dice tanto su serenidad como verle sin impaciencia de que le robaran tiempo tan precioso, sino que «era tan grande su caudal de sabiduría y generosidad y desahogo de su ánimo, que nada le acobardaba ni entristecía. Y aquella noche ni estudió, ni abrió libro, como lo afirmaron sus compañeros y hermanos. Porque, cuando algunos de ellos, que estuvieron con él le dejaron solo, cuidó de descansar de tan prolijo camino, que había traído»: (3) y así mandó le llevaran la luz. «Otro día, que empezaba ya a clarear, hizo traerse una candela encendida y libros, hojeó breve rato sus cuadernos; y cerrando de nuevo la ventana y apagando la

(1) Así Vargas. *Chronica*, II, cap. XIX, pág. 453-54. Como se ve en el texto, Guerrero pone por causa de cambiarse el predicador la instancia que al rey hicieron los que conocían a Fr. Hernando. Ambas cosas pudieron ser.

(2) Guerrero, *Vida* fol. 2.

(3) Guerrero, *Vida* fol. 2 vto.

luz, a oscuras, sin decir palabra y paseando el cuarto repasaba lo que había de decir.

Así estaba, cuando le vienen a avisar que ya era hora de predicar, y que estaban entrando las procesiones. Abrió entonces su ventana y vió desde ella el orden de antigüedad y precedencia que los Consejos Reales y sus diversos miembros guardaban entre sí. Bajó en seguida a la iglesia, y por la gran muchedumbre hubo de ser conducido en hombros de arqueros y soldados de la guarda, a recibir la bendición del Maestro Salazar, que oficiaba la Misa, y de igual modo fué llevado al púlpito» (1).

Ya en él, «hizo un sermón de circunstancias; y habló tan altamente a la persona del Rey y de los Consejos, a cada uno en particular, según el orden y asiento que tenían, que fué asombro de los oyentes (2). Corría su palabra «con tanto acierto, dulzura y elocuencia, que, admirada Su Majestad, dijo que aquel predicador tenía *pico de oro*»... (3). Este dicho, con que en adelante fué conocido, no lo dijo el Rey sino después del sermón, pues, según Vargas, «mientras habló no hubo quien despegara los labios, aunque en los movimientos de cabeza, gestos y señales, bien claro significaban su asombro y admiración... Durante varios días, en el Palacio Real, en las casas de los príncipes y señores y en las calles y plazas, no se oía por todo Madrid sino alabanzas del predicador». Los Consejos le abrieron sus puertas, los príncipes y grandes sus antesalas, y el mismo Felipe II su ánimo y deliberaciones; y si hemos de creer a Guerrero, la Orden no dejó pasar mucho tiempo sin honrarle con el grado de *Maestro* «aunque tan mozo que apenas tendría treinta años» (4).

Frisaba en los treinta y un años, punto sumo del esplendor en el hombre, en cuya fisonomía viril pone su último destello la juventud que se desvanece. Ingenio agudo y pronto; por memoria un tesoro; en el gesto y en los labios gracia inagotable; sangre ardiente y compleción recia; todo esto daba a Fray Hernando un carácter seguro de sí, arrojado, y con su poco de levadura aventurera.

QUINTÍN PÉREZ.

(1) Véase particularmente Vargas, *Chronica...* II, c. XIX, págs. 453-454.

(2) Fr. Diego Serrano, *Fragmentos históricos*, etc., fol. 117.

(3) Fr. Juan Guerrero, *Vida*, fol. 2 vto.

(4) Fr. Juan Guerrero *Vida* fol. 2. En el concilio provincial de Toledo (mayo de 1558) figura como *Presentado*: como *Maestro* aparece por vez primera en el de 1593, y es el más joven de su provincia.